

INTRODUCCIÓN

La verdad de la Iglesia tal como la Escritura la presenta, se perdió de vista poco después de la muerte de los apóstoles. Por la gracia de Dios, fue recuperada a principios del siglo XIX a través del ministerio de creyentes fieles. Sin embargo, debemos ser conscientes del hecho de que Satanás hará siempre todos los esfuerzos posibles para mantener oculta esta verdad. Por lo tanto, cada nueva generación de creyentes deberá esforzarse por adquirir la verdad de la Iglesia por cuenta propia.

«Algunos principios básicos sobre la Asamblea» de F. B. Hole es una ayuda valiosa para que particularmente los creyentes jóvenes entiendan este importante tema del Nuevo Testamento. Es un enfoque simple, conciso y claro de la verdad de la Asamblea y de la verdadera Iglesia de Dios compuesta de todos los creyentes de esta época o dispensación. Aclara también expresiones tales como «el círculo de reuniones» (o «el círculo de comunión»), que raramente se explican de manera tan sencilla y detallada a la luz de la verdad de la Asamblea.

Frank Binford Hole nació en Inglaterra en 1874. Durante muchos años antes de su muerte, ocurrida en 1964, fue un muy conocido, querido y respetado maestro de la Biblia entre las asambleas inglesas. Durante su vida, escribió cierto número de escritos de entre los cuales «Una salvación tan grande» probablemente sea el más conocido.

«Algunos principios básicos sobre la Asamblea» de F. B. Hole salió a la luz por primera vez alrededor del año 1920, en un tiempo de fuertes tendencias sectarias entre ciertas asambleas. Esto explica por qué el autor escribió particularmente acerca de este peligro al final de esta obra. Pero también era consciente del peligro de la

independencia eclesiástica, el cual parece amenazar al querido pueblo de Dios, especialmente en nuestros días. De acuerdo con la exhortación de Deuteronomio 5:32, etc. de “no apartarse a diestra ni a siniestra”, este escrito muestra los peligros de ambos lados y nos ayuda a seguir el camino según la Escritura.

Cada uno debería leer este escrito con la Biblia abierta, y siguiendo las referencias bíblicas indicadas. Los pensamientos vertidos en él —cada cual lo puede corroborar por sí mismo— no son meras ideas u opiniones personales de F. B. Hole ni nuestras acerca de la Biblia, sino la clara exposición de la verdad de las Escrituras, la que sólo puede obtenerse asegurándose de que todo lo que leemos esté sólidamente fundado en la Palabra de Dios.

Los términos «iglesia» y «asamblea» son equivalentes. Por esta razón, se emplearán de manera indistinta. El de «asamblea» tiene la ventaja de recordar directamente su significado, a menudo perdido de vista con la palabra «iglesia». Por otro lado, este último término puede prestarse a equívoco, por cuanto es reivindicado por denominaciones religiosas particulares.

Quiera el Señor, en su gracia, utilizar esta edición en español de «Algunos principios básicos sobre la Asamblea» de F. B. Hole para la edificación y el fortalecimiento de su pueblo en estos tiempos difíciles, en los que tanta confusión se produce a través de publicaciones que oscurecen la verdad de la Iglesia, revelada en el Nuevo Testamento. Ponemos en manos del lector hispano esta pequeña obra, rogando en nuestros corazones que el Espíritu Santo la utilice para glorificar al Señor Jesús, quien se dio a sí mismo por su Iglesia.

Marzo de 2007

La redacción

¿EN QUÉ TERRENO DEBEMOS CONGREGARNOS?

Esta pregunta fue muy importante para muchos cristianos del siglo XIX. Al mismo tiempo, las porciones de la Palabra de Dios que nos revelan Sus pensamientos y propósitos acerca de la Iglesia les resultaron notablemente claras, y ellos simplemente **obedecieron** las verdades que descubrieron. Pero como resultado del fracaso que caracteriza todo aquello que es encomendado a la responsabilidad del hombre, muchos fueron perdiendo de vista un gran número de estas verdades del principio. En consecuencia, hoy día se plantea la misma pregunta con redoblada urgencia. En las líneas que siguen, intentaremos, pues, dar respuesta nuevamente a esta cuestión.

Nuestra respuesta debe ser todavía la misma que la que se dio al principio: Debemos reunirnos sobre el terreno de toda la verdad revelada en cuanto a la Iglesia de Dios, ya sea que la consideremos en su aspecto universal o en su aspecto local. Éstas son palabras fáciles de leer, pero no tan fáciles de poner en práctica. Por eso, nos proponemos investigar el asunto paso a paso, dividiendo los diversos puntos a tratar en secciones claramente diferenciadas.

1 Dios nos revela verdades a fin de que las obedezcamos.

Dios no nos revela verdades para satisfacer nuestra curiosidad, ni para darnos temas de discusión ni tan siquiera para iluminar nuestras

mentales, sino para que, una vez que hayamos sido iluminados, **obedezcamos** lo que hemos aprendido. Si el Evangelio es predicado, lo es “para la **obediencia** a la fe” (Romanos 1:5). Si el misterio de la Iglesia es revelado, lo es “para que obedezcan a la fe” (Romanos 16:26). Si los creyentes, tras haber comenzado la carrera de la **gracia**, se vuelven a la ley, la pregunta es: “¿Quién os estorbó para no obedecer a la verdad?” (Gálatas 5:7).

Este hecho merece que lo tratemos de manera solemne. Podemos entender así porqué nuestro Señor dijo: “Mirad, pues, **cómo** oís; porque a todo el que tiene, se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará” (Lucas 8:18). La mayoría de nosotros experimenta gran gozo cuando la verdad de las Escrituras se va abriendo ante nuestras mentes y nuestro conocimiento aumenta; pero ese regocijo tan desbordante se torna en un ejercicio sereno y profundo cuando nos enfrentamos con la responsabilidad de una marcha que expresa la verdad en la práctica. La verdad puede traer un sabor dulce como la miel a nuestra boca, pero una vez que la hemos digerido, sentimos el poder e incluso la amargura de ella (Apocalipsis 10:9-10).

2 **Una parte considerable de la verdad de Dios trata sobre la Iglesia de Dios, y nosotros debemos obedecer esta parte de la misma manera que obedecemos todas las demás partes de la Biblia.**

Muchas verdades bíblicas tratan de nosotros como individuos, y en muchas relaciones nos hallamos en esa posición individual, pero no solos. Por ejemplo, cada uno de nosotros es un hijo de Dios, pero también somos parte de la familia de Dios. Llegó el tiempo en los caminos de Dios cuando todos sus hijos fueron traídos a una nueva unidad. Es lo que Caifás, sin saberlo, proféticamente anunció. Él “profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para **congregar en uno** a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Juan 11:51-52). Esta congregación tuvo lugar mediante la venida del Espíritu Santo poco después de la ascensión de Jesús (Hechos 1 y 2).

Entonces se formó así la Iglesia de Dios. Todos nosotros, los verdaderos creyentes, fuimos introducidos en ella por la recepción del Espíritu Santo de Dios, y fuimos hechos miembros del cuerpo de Cristo, ya sea que lo comprendamos o no. Las epístolas del Nuevo Testamento nos revelan el llamamiento, los privilegios, el orden y nuestras responsabilidades en relación con ella. Ese llamamiento, aquellos principios, su orden y sus responsabilidades deben hallar una respuesta de parte de cada creyente de una manera **práctica**. Ninguna epístola es simplemente una exposición teórica de verdad. Cada epístola **aplica** la verdad que expone y la hace ver claramente de una manera práctica. En algunos casos, es mucho más lo que se dice por vía de instrucción práctica a la luz de la verdad que mediante la presentación de la verdad misma.

Todos nosotros somos parte de este maravilloso conjunto: la Iglesia de Dios. En consecuencia, debemos procurar diligentemente aprender acerca de aquello a lo cual pertenecemos, y luego obedecer la verdad referente a ello.

3 **No precisamos acudir a ninguna otra fuente que se halle fuera de la Biblia en busca de ningún detalle de la verdad que demanda nuestra obediencia. Toda la verdad se encuentra solamente en las Escrituras.**

Al margen de lo que puedan decir algunas «iglesias», la Biblia dice que “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea **perfecto, enteramente preparado** para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17). La Biblia es plenamente suficiente para perfeccionar (equipar por completo) incluso a creyentes que son tan avanzados espiritualmente que son llamados “hombres de Dios”. Si el versículo se hubiera detenido en el perfeccionamiento del hombre de Dios, los hombres habrían podido argüir que las Escrituras perfeccionan sólo en las doctrinas generales pero no en los detalles de la conducta práctica. Pero no es así. La Escritura equipa completamente al hombre de Dios en todo detalle “para toda **buena obra**”. Incluye toda obra que Dios califica como “**buena**”.

Esto es muy importante porque algunos quisieran establecer normas para la Iglesia de Dios que van más allá de lo que está escrito en la Palabra de Dios. Pero incluso un **amor** que implique amar más que el amor que se ordena en la Escritura, o una **santidad** más santa que la santidad que se manda en la Escritura, no es ni verdadero amor ni verdadera santidad.

4 La verdad bíblica en cuanto a la Iglesia de Dios está constituida principalmente por dos encabezamientos: El Cuerpo de Cristo y la Casa de Dios.

El primero de estos dos encabezamientos es una idea que pertenece exclusivamente al Nuevo Testamento. El segundo tiene un lugar en el Antiguo Testamento. La primera mención de la casa de Dios se encuentra en Génesis 28:17, si bien esa casa no fue establecida siquiera en forma típica (esto es, como una figura) entre los hombres en la tierra hasta que la redención fuera cumplida en forma de tipo (Éxodo 15:13; 25:8).

Desde el momento que los hijos de Israel fueron redimidos como nación, la casa de Dios se erigió en medio de ellos, y cuando la casa dejó de estar en medio de ellos, su existencia nacional cesó. Más tarde —poco antes que los ejércitos romanos destruyesen la casa de Dios (el templo) en lo alto del monte Moriah en Jerusalén en el año 70 d. C.— Dios formó su casa de una manera completamente diferente. Los creyentes en Cristo que recibieron el Espíritu Santo, vinieron a ser **pedras vivas, “edificados como casa espiritual”** (1 Pedro 2:5). Todos ellos —tanto judíos como gentiles— fueron “juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22).

La casa de Dios en el presente entraña una cercanía a Dios y una intimidad con Él que no eran posibles en los tiempos del Antiguo Testamento. “Ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Efesios 2:19). Aquellos que pertenecen a la casa, pertenecen también a la familia de Dios, y por su Espíritu, Dios ahora habita en su casa de una manera más íntima y vital como nunca antes fue posible.

En los tiempos del Antiguo Testamento, no hubo ningún pensamiento acerca del cuerpo de Cristo por cuanto Cristo no había sido aún revelado. Sin embargo, Cristo ahora ha venido y, habiendo muerto y resucitado, el Espíritu Santo descendió y bautizó a los creyentes judíos y gentiles en un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13). Previamente, el Señor Jesús pudo decir: “Me preparaste cuerpo” (Hebreos 10:5), y Él padeció en ese sagrado cuerpo. Leemos de “la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10). Ahora bien, Él está sentado en el cielo con un cuerpo espiritual, y el único cuerpo que él reconoce aquí en la tierra es el “un cuerpo” formado por el bautismo del “un solo Espíritu”, que provino de Él mismo quien es la Cabeza glorificada de ese solo cuerpo. En ese cuerpo que se halla sobre la tierra, Cristo ha de ser manifestado en Sus caracteres morales en este mundo.

5 Tanto el Cuerpo de Cristo como la Casa de Dios expresan lo que es la Iglesia como un hecho práctico y real sobre la tierra, y no como una idea mística y teórica para el cielo.

Es muy común oír o leer expresiones como «el **cuerpo místico de Cristo**» y «la **Iglesia invisible**». Aquellos que emplean estas frases pueden querer decir lo que es correcto, pero las frases son engañosas y conducen a conclusiones erróneas puesto que oscurecen o directamente niegan la verdad de que el solo cuerpo de Cristo es un **hecho real**. Este cuerpo existe hoy en la tierra de la misma manera que existía en la época apostólica, aunque su manifestación se ha echado a perder debido a la intrusión de la voluntad y los caminos del hombre. Es cierto que el cuerpo de Cristo no puede ser visualizado concretamente como lo podía ser en el tiempo de los apóstoles (cuando era también uno solo **en la práctica**), y por tal motivo hoy sólo debemos pensar en él de forma abstracta. Pero estos pensamientos deben ser formados por lo que encontramos en las Escrituras, puesto que **la verdad** que sólo puede ser percibida de una manera abstracta, es tan cierta y real como la verdad que puede apreciarse en forma concreta. En consecuencia, la **verdad de la Iglesia**

tiene el propósito de regular nuestras relaciones con el Señor Jesús, con Dios y con nuestros compañeros en la fe aquí en el mundo.

6 La verdad en cuanto al Cuerpo de Cristo da un énfasis especial a la supremacía de Cristo como Cabeza, y destaca también la eficaz energía del Espíritu Santo como poder, lo cual, en la práctica, da como resultado la unidad, el amor y el crecimiento espiritual del cuerpo.

Los pasajes en los cuales se habla de la Iglesia como el cuerpo de Cristo lo muestran claramente. El primer pasaje que menciona la verdad del cuerpo es el capítulo 12 de la epístola a los Romanos. Pero aquí no se desarrolla, sino que solamente se hace una breve alusión a ella con el objeto de subrayar la variedad de dones espirituales existentes entre sus miembros, para que todo se haga con prontitud y amor.

En 1 Corintios 12, la verdad del cuerpo se trata en detalle. Por la ilustración del cuerpo humano y por analogía con él, la Iglesia se presenta como una unidad orgánica compuesta de diversos miembros. Ella fue constituida mediante el bautismo del Espíritu Santo (v. 13). Los que fueron introducidos en ese cuerpo, dejaron atrás todas las diferencias raciales, sociales, de nacimiento, etc. y, en consecuencia, son hechos **uno** en la energía del solo Espíritu. Naturalmente que aquellos que han sido así constituidos en una unidad, no pierden por ello su individualidad. Por eso, recibir el don del Espíritu Santo también significa que se nos “dio a beber” (1 Corintios 12:13) a cada uno en particular del mismo Espíritu, de modo que cada miembro está poseído y dirigido por el mismo Espíritu que anima el cuerpo entero. En este capítulo, pues, vemos la manifestación del Espíritu Santo en el cuerpo; y los diferentes dones son manifestaciones del **Espíritu** (v. 7).

Pero el Espíritu que opera todo esto es el Espíritu **de** Cristo glorificado, enviado **por** Él desde lo alto. El cuerpo, pues, es el cuerpo de Cristo (v. 12, 27), y es Él quien lo gobierna. En el tiempo venidero (o sea, en el milenio), Su administración como Señor se extenderá sobre toda la tierra. Pero actualmente, en lo que se refiere a la tierra,

la Iglesia es la esfera en la cual gobierna. La **voluntad de Dios**, en lo que respecta a la administración del Señor, debe hallarse **en la Iglesia** en la tierra (v. 5).

La aplicación práctica del gobierno de Cristo en la Iglesia puede verse en los **cuidados**, la **consideración** y la **simpatía** entre unos y otros, lo que hallamos al final del capítulo 12, en el amor del capítulo 13 y en las directivas del capítulo 14 que regulan el uso de los **dones** en la Asamblea. El capítulo 12 nos presenta el **poder** del Señor y del Espíritu Santo que reside en la Asamblea; el capítulo 13, el **amor** que dirige el cuerpo, y el capítulo 14, el **dominio propio** como hilo conductor allí dentro (véase 2 Timoteo 1:7). Vemos en todo esto el funcionamiento del cuerpo de Cristo según Dios aquí en la tierra.

En la epístola a los Efesios, el cuerpo de Cristo es presentado en el plano más elevado de sus privilegios según el eterno propósito de Dios. La cruz constituye la base de su formación (2:16). Su función es ser “la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (1:23), es decir, ser Su complemento o la parte que le corresponde, aquello en lo cual él halla plena expresión. La magnitud de sus privilegios alcanzará públicamente todo su esplendor cuando Cristo sea manifestado como “cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (1:22). Vemos en Adán una figura de esto cuando fue establecido como cabeza **sobre** toda la creación animal, y cuando fue hecho cabeza **de** Eva, la cual fue tomada de su costado, y hecha partícipe de su dominio.

El capítulo 4 de esta epístola nos proporciona la aplicación práctica de estas verdades: “Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz... que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (v. 2-3, 15-16).

Por último, en la epístola a los Colosenses se habla del cuerpo, pero sin mayores detalles dado que el gran tema de la epístola es la gloria de la Cabeza. Sin embargo, se insiste en la responsabilidad que tiene cada miembro de “asirse de la cabeza” (2:19). También vemos que el apóstol Pablo, miembro del cuerpo, se goza en los

padecimientos por amor del cuerpo (1:24), y hallamos, culminando en el amor y la paz (3:14-15), los rasgos maravillosos y llenos de gracia de Cristo reproducidos en los creyentes.

Así pues, la verdad respecto del cuerpo de Cristo incluye, en la práctica, a todos los creyentes. Hay absoluta unidad en unión con Cristo y en sujeción a Él, de modo que, como Cabeza, se expresa en su cuerpo.

7 **La verdad en cuanto a la Casa de Dios da un énfasis especial a la presencia de Dios por su Espíritu en la Iglesia y, por consiguiente, al orden, la piedad y la santidad que convienen a su Casa; pues la casa debe ser conforme a Aquel a quien pertenece.**

Esto lo podemos comprobar fácilmente al leer los pasajes de la Escritura que nos presentan este aspecto de la Iglesia. Se emplean dos expresiones: **casa** y **templo**. Existe un matiz de diferencia entre ambos términos, pero no nos detendremos en esto, porque los dos transmiten la misma idea general y, en consecuencia, la aplicación práctica es similar.

En 1 Corintios 3, los creyentes son “templo de Dios” porque el Espíritu de Dios mora en ellos **colectivamente**, y por eso la santidad es imperativa (v. 16-17). Este principio de la santidad se desarrolla ampliamente en 2 Corintios 6:14 a 7:1. Excluye el yugo desigual, y demanda una definitiva separación respecto del mundo corrupto, sin siquiera llegar a **tocar** las cosas impuras, lo cual requiere el rechazo de toda contaminación de carne y de espíritu.

Esta verdad se encuentra en los últimos versículos de Efesios 2, en los cuales el templo es calificado mediante un solo adjetivo: “santo”.

En la primera epístola a Timoteo, la Iglesia es llamada “la casa de Dios... columna y baluarte de la verdad” (3:15), y toda la epístola está llena de instrucciones respecto al orden y a la piedad que convienen a los que forman parte de ella. El carácter de Dios debe ser visto en aquellos que componen su casa.

Por último, en 1 Pedro 2:5, la casa es llamada “casa espiritual”, compuesta por aquellos que, habiéndose acercado a la “Piedra viva”,

son ellos mismos “piedras vivas”. Cada creyente es una “**piedra**”, edificada sobre la “**roca**” (Cristo mismo).

La verdad de la casa de Dios excluye, pues, todo mal que pudiera difamar el carácter o comprometer la santidad de Aquel que es la casa. Esta exclusión puede también abarcar a **personas en pecado**, como lo muestra 1 Corintios 5, pasaje que está de acuerdo con la verdad relativa al “**templo de Dios**” enunciada en el capítulo 3. Otro ejemplo de acción práctica que sigue a la declaración de una verdad, lo vemos en 2 Timoteo 2:15-22. La verdad de la casa de Dios había sido presentada en la primera epístola y, en la segunda epístola, sigue la aplicación práctica de esta verdad; sólo que aquí se trata de **limpiarse** uno mismo **de malas asociaciones**, y no de excluir al malhechor, como es el caso en 1 Corintios 5.

8 **Cuando discernimos la verdad de la Iglesia tal como la Escritura la presenta y nos proponemos ponerla en práctica, nos damos cuenta de que la condición actual de la cristiandad profesante en su conjunto constituye una negación absoluta de estas verdades.**

Ciertas cosas son tan evidentemente contrarias a la Escritura que ni hace falta mencionarlas, como por ejemplo, las múltiples denominaciones que niegan la unidad de la Iglesia, la aceptación deliberada de la unión entre el mundo y la Iglesia, manifestada en los sistemas religiosos oficiales, el completo dominio ejercido por el **hombre** que pone así de lado al Señor, cierra la Biblia, y usurpando Su autoridad, pretende crear santos mediante la canonización y hacer salir almas del purgatorio, etc. (como lo vemos en la religión católica romana), una falta prácticamente total de disciplina que hace que todo tipo de mal, ya sea doctrinal o moral, subsista bajo el nombre de cristianismo.

Pero hay otras cosas que no son tan evidentes. El pecado característico de la dispensación actual es la **ignorancia práctica** —y, por consecuencia, el **abandono**— de la **presencia** y las **operaciones del Espíritu Santo** en la Iglesia. Las reuniones cristianas se desarrollan de una manera tal que muestran una completa incredulidad

respecto de Su presencia en la Iglesia (aunque tal vez se admita que esté presente en los individuos). Un hombre es **designado** como el único que tiene el derecho de tomar la palabra en la congregación; los capítulos 12 y 14 de 1 Corintios se convierten, pues, en letras muertas. Nuestra libertad para acercarnos a Dios, como resultado de la **redención** (Hebreos 10:19-22), es negada mediante la construcción de «lugares santos» en la tierra, con altares y sacerdotes que sirven a los **laicos** o gente «común», a quienes se mantiene así lejos de Dios y, a menudo, en una ignorancia superior a la que tenía un judío común antes de la venida de Cristo. Las reglas y el orden humanos han reemplazado la simplicidad del orden divino que había sido establecido al principio por los apóstoles y consignado en las Escrituras. Esta organización humana puede parecer muy metódica para el pensamiento del hombre y necesaria para prevenir los desórdenes que podrían resultar de un intento por seguir lo que los apóstoles establecieron; pero todo «orden» que no sea el orden **divino**, es un **desorden**.

La mayoría de las denominaciones e «iglesias» se hallan constituidas sobre la base de ciertas verdades o de interpretaciones de verdades, o por la identificación con algún hombre piadoso de tiempos pasados. En consecuencia, a estas «iglesias» les falta la **apertura** o **amplitud** según Dios, pues ellos buscan únicamente creyentes que compartan sus propias opiniones o que se vuelvan seguidores de sus líderes. A estas «iglesias» también les falta la correcta medida de **exclusión** según Dios, porque su celo se concentra tanto en la construcción y defensa de su sistema, que las falsas enseñanzas y la infidelidad a Cristo y a su verdad son a menudo tratadas con tolerancia.

9 **En esta situación, ¿tenemos todavía la obligación de poner en práctica la verdad de la Iglesia? ¿No sería mejor aceptar tan sólo teóricamente la verdad, y evitar cualquier otra complicación simplemente permaneciendo allí donde nos hallamos en cuanto a nuestras relaciones eclesiales?**

La respuesta bíblica a estas preguntas es **sí** a la primera y **no** a la segunda. Las últimas epístolas, tanto las de Pablo como las de

Pedro y Juan, que hablan de tiempos difíciles, no contemplan ni por un momento la posibilidad de que la verdad llegue a ser un asunto de mera teoría, disociada de toda aplicación práctica.

Por ejemplo, en el capítulo 3 de 2 Timoteo, Pablo dice que la Escritura es útil no solamente en el plano doctrinal, sino también “para corregir, para instruir en justicia” (v. 16). A aquellos que creen que tanto “corregir” como “instruir” se aplican únicamente a la **mente**, les señalamos el versículo siguiente, donde claramente se declara el objeto: “a fin de que el hombre de Dios sea... enteramente preparado para **toda buena obra**” (v. 17). Esto es eminentemente práctico e implica nuestras acciones.

En su segunda y tercera epístolas, Juan tiene mucho que decir respecto de la marcha de los creyentes. Los exhorta a “andar **en la verdad**” y “**según** sus mandamientos”. “Andar” en una cosa es poner eso **en práctica**. Dios hace hincapié en este punto en el momento que los maestros anticristianos se multiplicaban, y cuando Diótrefes se afirmaba en su poder y sembraba la confusión en la Iglesia.

El hecho es que cuanto más se acentúan la **confusión** y el **abandono de la verdad**, tanto más importante es **andar en la verdad** —poner toda la verdad en práctica— aun cuando tan sólo unos pocos lo hagan.

10 **¿Es todavía posible poner en práctica la verdad de la Iglesia en las condiciones actuales? De serlo, ¿cómo sería posible lograrlo en la situación presente?**

Es claro que sería imposible asociarse a la vez a un edificio cualquiera donde se llevan a cabo servicios religiosos conforme a una liturgia (un orden formal de culto preestablecido) o a cargo de un pastor ordenado o nombrado, y reunirse según los principios establecidos por el Espíritu Santo en los capítulos 12 y 14 de la primera epístola a los Corintios. A cualquiera que intentara andar así en semejante desorden, se lo consideraría un querrelloso o un alborotador. La única forma de poner en práctica la verdad en cuanto a la Iglesia consiste en **dejar de practicar** lo que no es según la verdad. Esto sólo puede llevarse a cabo **separándonos** de todo lo que

no cuenta con la aprobación de la Escritura. Y una vez que somos así librados de la **desobediencia**, estamos en condiciones de **practicar la obediencia**. El primer paso que debemos dar es, pues, “dejar de hacer lo malo” y, luego, “aprender a hacer el bien” (Isaías 1:16-17). Cualquier intento por proseguir con ambas cosas a la vez causaría un gran daño a la causa de la verdad. Ello equivaldría, en efecto, a decir que no existe ninguna diferencia esencial entre lo que es puramente humano y lo que es divino, y que, por eso, podemos seguir nuestro camino con lo uno o con lo otro, o con ambas cosas.

Algunos arguyen que la separación del mal sólo termina haciendo a uno más sectario. Pero no hay nada de sectario en el hecho de reunirse sobre la base de la obediencia a la verdad.

11 ¿Tenemos autoridad bíblica para separarnos de las organizaciones eclesiásticas establecidas, cuando no enseñan ni toleran falsas doctrinas fundamentales?

Voy a responder con otra pregunta: Una organización o un sistema humano introducido en el orden **establecido por Dios** para su Iglesia, ¿es lo suficientemente malo como para que debamos separarnos de él aun cuando nos cueste mucho hacerlo?

Muchos de los sistemas religiosos de hoy han sido invadidos por una muy atrevida forma de infidelidad que comúnmente se denomina **modernismo**, el cual pretende basarse en un alto nivel de erudición.

Pero hay también un gran número de organizaciones eclesiásticas más pequeñas, y más o menos independientes, que se hallan sobre una base bíblica sana (correcta) en cuanto a las verdades fundamentales del Evangelio, pero ignoran el orden de la Iglesia de Dios tal como lo presenta la Escritura; además, sus miembros son por lo general cristianos serios y piadosos. Ahora bien, ¿debemos mantenernos aparte de estas organizaciones?

En primer lugar, afirmamos que imponer una organización o sistema humanos al orden divino —lo cual eventualmente resulta en la desaparición del orden de Dios— constituye un pecado muy grave. No se trata de un pecado que pueda ser atribuido a un determinado

individuo, puesto que ha logrado infiltrarse lenta y progresivamente en el curso de los siglos; sin embargo, se trata de un grave mal¹.

Es un hecho sorprendente que al final de un largo pasaje sobre el orden divino para la reunión de los creyentes en el tiempo actual, en el capítulo 14 de la primera epístola a los Corintios, el apóstol Pablo haga la solemne advertencia: “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son **mandamientos del Señor**” (14:37). De esta forma el Espíritu Santo, con la presciencia que siempre le caracteriza, previene así no solamente las tendencias que existían entre los corintios en su estado carnal, sino estas mismas tendencias que habrían de surgir inevitablemente dondequiera que prevaleciese la carnalidad (las manifestaciones del viejo hombre y los caminos mundanos) a lo largo de los siglos del cristianismo, y que son tan predominantes hoy día.

Cuando el poder espiritual declina y los principios del mundo prevalecen en la Iglesia, hay una inclinación a considerar el orden divino como algo fastidioso, por cuanto exige cierto esfuerzo de una condición espiritual que no existe. Asimismo el orden divino saca a luz la

¹ N. del T.: Algunos sostienen que los «males eclesiásticos» no son verdaderos «males» —como los males de doctrina fundamental o morales (2 Juan 9-11; 1 Corintios 5)—, sino sólo cuestiones secundarias. El «mal eclesiástico» es una “especie de mal” (1 Tesalonicenses 5:22) como cualquier otra, que demanda con igual fuerza nuestra separación (2 Timoteo 2:19). William Kelly recaló la diferencia entre el «mal eclesiástico» y el «mal fundamental», pero hizo notar la necesidad de separación respecto **de ambos**: «Los “hermanos” han dado bastantes pruebas sólidas de que ellos nunca han tratado la iniquidad eclesiástica como algo de poca importancia, al separarse de todas las asociaciones que suponen un apartamiento de la Palabra de Dios. Pero ellos rehúsan poner estas cuestiones en un mismo plano de igualdad con todo lo que tenga que ver con doctrinas fundamentales destructoras que nieguen a Cristo. La Palabra de Dios —y no ninguna teoría o regla propia— es la autoridad y el motivo para los dos casos». Un «mal eclesiástico» o «iniquidad eclesiástica» se refiere a todos aquellos **principios y prácticas** que contradicen la verdad revelada en la Palabra de Dios. Podemos mencionar como ejemplos de males eclesiásticos comunes la **ordenación de ministros** en todas sus formas (incluso la ordenación de mujeres, tan en boga hoy en día), la formación de iglesias sobre la base de un **punto de vista doctrinal particular** en el cual se hace hincapié (por ejemplo, el bautismo), la **condición de «miembros»** de «una» iglesia determinada, instituciones humanas eclesiásticas tales como sistema de **clérigos y laicos, estructuras eclesiásticas**, como el sistema congregacional, episcopal, presbiteriano, etc., liturgias **preestablecidas**, etc., y también la **independencia eclesiástica**.

debilidad mundana y carnal allí presente. De modo que, la tentación de tratar con descuido e indiferencia las instrucciones de la Escritura es muy fuerte: ellas son consideradas muy útiles, sin duda, en muchas ocasiones, interesantes e instructivas, pero opcionales, es decir, son consideradas como cosas que **pueden** ser obedecidas, pero no que **deben** ser necesariamente obedecidas. Las palabras del apóstol, no obstante, barren todas estas objeciones: estas instrucciones son los “mandamientos del Señor”. No tenemos, pues, la libertad de acomodarlas a nuestro gusto.

Pensemos, por analogía, en lo que fue instituido en relación con el sistema de la ley, que solamente era “figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5). Cuando Moisés iba a erigir el tabernáculo, Dios le dijo: “Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte” (Hebreos 8:5). Moisés siguió estrictamente el modelo de Dios. Más tarde, cuando llegó el momento de edificar la casa permanente en Jerusalén, “David dio a Salomón su hijo el plano del pórtico del templo y sus casas... asimismo el plano de todas las cosas... Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño” (1 Crónicas 28:11-19). Aquí de nuevo vemos que cada detalle había sido divinamente ordenado, y **por escrito**. El Nuevo Testamento nos da por escrito las **instrucciones divinas** relativas al **orden** de la casa espiritual de Dios. ¿Acaso tenemos más derecho de tomarnos libertades respecto de estas instrucciones que el que tenían los antiguos en cuanto a la casa material? ¡Ciertamente que no!

Tiempo después, los judíos se creyeron autorizados a cambiar las ordenanzas divinas en cuanto a la casa, haciendo **añadiduras**. ¿Cuál fue el resultado? Cuando el Señor Jesús entró en el templo, dijo: “Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (Lucas 19:46). Ellos se tomaban igualmente libertades con la palabra divina en general, de modo que el Señor tuvo que acusarlos: vosotros invalidáis “la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas” (Marcos 7:13). El fuerte lenguaje que el Señor emplea en estas ocasiones nos hace ver la gravedad que tenían para **Él** estos pecados.

En segundo lugar, dirijamos nuestra atención hacia las claras instrucciones de la Palabra en cuanto a la posición del creyente en relación con un sistema de religión exterior.

La epístola a los Hebreos fue escrita poco antes de que toda la economía religiosa judaica desapareciera a raíz de la destrucción de Jerusalén y del templo. En esta epístola, el Espíritu Santo anima a los creyentes judíos al mostrarles que el sistema anterior de símbolos religiosos visibles (el judaísmo), instituido en relación con la ley, era tan sólo un sistema de **sombras**, y que aquellos que se habían vuelto a Cristo poseían las **realidades** por la fe. El Espíritu Santo termina con un llamamiento a romper con los últimos lazos que los ligaban al antiguo sistema caduco de religión terrenal, y luego pone ante ellos al Cristo que “padeció fuera de la puerta”. Su exhortación es: “Salgamos, pues, a él (a Cristo), fuera del campamento, llevando su vituperio” (Hebreos 13:12-13).

Somos llamados a salir a Cristo, notémoslo bien, no fuera de la **ciudad**, sino fuera del **campamento**. En la epístola a los Hebreos no se trata del orden de cosas (ciudad y templo, etc.) vinculado al establecimiento permanente en el país, sino del orden relativo al peregrinaje en el desierto: el tabernáculo y el campamento. La epístola contempla a los cristianos como una compañía con asociaciones celestiales en marcha hacia un reposo celestial, pero estando aún de hecho en la tierra, en las condiciones del desierto. Las circunstancias por las que Israel atraviesa en el desierto, constituyen un tipo o figura de nuestro peregrinaje actual. Además, en el tabernáculo en el desierto, Dios declaró su propósito de morar en medio de un pueblo redimido y de reunir a este pueblo alrededor de Él. El **campamento**, pues, era Israel rodeando la morada de Dios en un orden establecido, considerado no desde un punto de vista gubernamental, sino **religioso**.

Cuando se escribió la epístola a los Hebreos, la Shekiná —la nube que había sido la gloria del campamento de Israel— había desaparecido desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, el campamento —el judaísmo, el sistema religioso de Israel— todavía permanecía en pie. Pero había sellado su destino al crucificar a Jesús fuera de la puerta. Había, pues, llegado la hora para que todo verdadero creyente de entre los judíos rompiera los últimos lazos con ese

sistema de religión terrenal, aun cuando, en sus comienzos, fuera **instituido por Dios**. Todo lo que quedaba ahora de él, no eran más que “débiles y pobres rudimentos” (Gálatas 4:9).

Por esto, no tenemos la menor duda en responder de la manera siguiente a la pregunta que encabeza este capítulo: Si en el curso del primer siglo del cristianismo, la voluntad divina era que los creyentes que habían sido asociados a un sistema religioso terrenal, instituido por Dios en sus comienzos, tuvieron que romper sus últimos lazos con este sistema y salir de él hacia Cristo, la **voluntad de Dios** hoy día no puede ser que los creyentes permanezcan dentro de los sistemas religiosos terrenales que tienen un origen puramente humano y que jamás, en ningún momento, fueron instituidos por Dios.

Es evidente que un sistema religioso de origen humano existe, y que Cristo, pues, está **fuera** de estos sistemas; aunque esto no impide que numerosos y queridos creyentes que permanecen prisioneros dentro de esos sistemas amen individualmente mucho a Cristo y se mantengan muy cerca de él. Tenemos, pues, la autoridad divina para separarnos de todas las organizaciones religiosas de origen humano para poder andar según el orden divino tal como es presentado en las Escrituras.

12 **La separación del mal y de hombres perversos es, en todos los tiempos, el deber imperativo de aquellos que temen al Señor y que invocan Su nombre.**

En 2 Timoteo 2:14 a 3:5, esta orden se expresa de la manera más enérgica, con todo el peso de la autoridad apostólica. En este pasaje, la separación se presenta no menos de seis veces bajo diferentes aspectos, tal como sigue:

- “**Evita** profanas y vanas palabrerías” (2:16).
- “**Apártese** de iniquidad” (2:19).
- “**Se limpia** de estas cosas” (2:21).
- “**Huye** también de las pasiones juveniles” (2:22).
- “**Desecha** las cuestiones necias e insensatas” (2:23).
- “A éstos **evita**” (3:5).

Cuando alguien o algo se nos presenta, y lo evitamos, nos apartamos, nos limpiamos, huimos, lo desechamos, evitamos estas cosas o estas personas, adoptamos de hecho una actitud de separación intransigente.

Abramos nuestras biblias en el capítulo 2 de la segunda epístola a Timoteo, y consideremos el pasaje en detalle:

Versículos 14 y 15: Pablo le dice a Timoteo que debe recordar la verdad a los creyentes ordenándoles que no contiendan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, y cuyo único efecto es el de perturbar la mente de los oyentes. En cuanto a Timoteo mismo, se lo insta a procurar ser un buen obrero en el servicio de Dios, y a manejar la Palabra de Dios con discernimiento y precisión.

Versículos 16 a 18: Timoteo debía también evitar un mal aún peor: profanas (es decir, no santas) y vanas charlas que conducen a mayor impiedad y se extienden como gangrena o cáncer. Este tipo de charlas perversas, si no se les pone freno, aumentan en intensidad y extensión. Para que su pensamiento no se preste a confusión, Pablo menciona a dos hombres que eran seguidos por muchos en estas “profanas... palabrerías”: Himeneo y Fileto. Ellos afirmaban que “la resurrección ya se efectuó”, y el apóstol denuncia la gravedad de este error y muestra sus perniciosos efectos sobre aquellos que lo recibían: su fe era trastornada. Era un error fundamental, el cual socavaba la fe de aquellos que lo aceptaban.

Versículo 19: En contraste con las falsas enseñanzas humanas, “el fundamento de Dios” permanece “firme”. Todo lo que es realmente fundado por Dios es incommovible. Este fundamento tiene un sello con dos caras: la primera se relaciona con la soberanía de Dios y con su omnisciencia, lo que garantiza la eterna seguridad de los suyos; la otra cara tiene que ver con la responsabilidad del hombre, lo que impone a todos aquellos que profesan la sujeción a Cristo como Señor la obligación de **apartarse de iniquidad**.

Los términos empleados en este pasaje son de carácter muy general, pero puede haber una alusión a la rebelión de Coré, Datán y Abiram, relatada en el capítulo 16 de los Números. Estos hombres se

rebelaron contra la palabra de Dios, representada por Moisés y Aarón, y arrastraron a algunos a la insumisión. El mensaje del Señor, en aquella ocasión, también fue doble: Primeramente: “Mañana mostrará Jehová quién es suyo” (v. 5), y luego: “Apartaos ahora de las tiendas de estos hombres impíos” (v. 26).

Este pasaje del Antiguo Testamento, pues, arroja luz sobre el pasaje que estamos considerando. Pero el versículo 19 simplemente declara principios generales. El creyente, pues, **siempre** y **en todos los casos**, debe apartarse de la iniquidad. La iniquidad adopta diferentes formas, por lo que nuestra obligación de “apartarnos” puede ser cumplida de diversas maneras según las diferentes formas de iniquidad. Pero el creyente, en ningún caso debe entrar o permanecer en complicidad con ninguna “especie de mal” (1 Tesalonicenses 5:22): él debe separarse del **mal en todas sus formas**.

Versículo 20: Una vez que el apóstol sienta claramente los principios generales que deben dirigir al creyente en cuanto a su actitud frente a “toda especie de mal”, pasa luego a la ilustración del tema. En una “casa grande” hay muchos utensilios o vasos hechos de diferentes materiales y empleados para diversos fines. Algunos están hechos de oro y de plata; otros, de madera y de barro. Unos son para usos honrosos, y otros para usos deshonorosos o viles. Éste es un cuadro que representa a la Iglesia profesante, la que se ha vuelto como una “casa grande” en cuyo interior ha incluido a hombres de carácter dudoso tales como Himeneo y Fileto, que eran como vasos puestos para usos viles.

Versículo 21: El apóstol aplica ahora el principio general del versículo 19 al caso particular de Himeneo y Fileto presentado en los versículos 17 y 18; y esta aplicación es hecha a la luz de la ilustración de la “casa grande” del versículo anterior. Consideremos el versículo 21 en detalle.

“Si **alguno**”. Estas palabras muestran que lo que Pablo tiene particularmente ante sí aquí, es la **aplicación** de la ilustración respecto a las penosas y malas condiciones que entonces se manifestaban en la Iglesia. Se emplea la expresión “si alguno” porque si bien la directiva se aplica a todos los creyentes, la responsabilidad

de obedecer a Dios recae sobre cada uno **individualmente**. Es un mandamiento **personal**.

“**Se purificare de**” (V. M.) La palabra griega traducida “purificar” comunica la idea de expurgar o limpiarse de. Aparece una vez más en el Nuevo Testamento en 1 Corintios 5:7, donde se la traduce “limpiarse de”. En este pasaje se trata de la **operación normal** de expurgar o limpiar el mal de la Iglesia. En nuestro versículo de 2 Timoteo, vemos la **acción anormal** de un hombre que se limpia o se separa de una asociación en la que se ha impuesto el mal.

“**De éstos**” (V. M.). Nosotros creemos que “éstos” se refiere a Himeneo y Fileto, y a aquellos que estaban asociados a ellos. Pero si alguno cree que “éstos” se refiere a los vasos para deshonra del versículo anterior, el significado permanece invariable, ya que los vasos para deshonra constituyen simplemente una ilustración de estos hombres extraviados.

El resto del versículo adopta claramente el lenguaje de la ilustración. El creyente que se separa fielmente de toda comunión y complicidad con maestros de falsas doctrinas fundamentales, se convierte así en un vaso para honra, “santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra”.

Versículo 22: “Huye también de las pasiones juveniles” constituye también otra aplicación del mismo principio general: “Apártese de iniquidad”. Pero esta exhortación demanda santidad personal, sin la cual la separación del mal sería pura hipocresía. La expresión “pasiones juveniles” se utiliza porque Timoteo era joven aún. Naturalmente que debemos huir de **todas** las pasiones pecaminosas, y seguir luego “la justicia, la fe, el amor y la paz”. El mundo está lleno de pecado, de ceguera espiritual, de odio y de contiendas; y el creyente fiel, en medio de todo esto, es llamado a revestir el carácter de Cristo, tal como está descrito mediante estos cuatro términos. Además, estos caracteres deben ser estrictamente seguidos de forma práctica **con** los que de corazón limpio invocan al Señor”.

“Con” implica **compañerismo**, no aislamiento. “Invocar al Señor” significa profesar sujeción a Cristo y fe en su nombre. Invocarlo “de corazón limpio” (puro o purificado, esencialmente la misma palabra que en el v. 21 aparece como verbo) es hacerlo no solamente con

sinceridad, sino con todo el hombre interior purificado del mal, por la obediencia a las exhortaciones a la santidad personal —como consta al principio del versículo— y a la santidad en cuanto a las asociaciones, conforme al versículo 21.

Notemos que no se nos dice que sigamos con **todos** “los que de corazón limpio invocan al Señor”. Eso sería imposible en las condiciones actuales. Muchos cristianos piadosos que responden a esta descripción, podrían, por ejemplo, rehusar la compañía de otros creyentes que responden igualmente a ella, a causa de prejuicios o de información errónea o incompleta. Sin embargo, podemos seguir “con **los** que de corazón limpio invocan al Señor”, con cuantos nos sea posible; y por cierto que cuanto mayor sea su número, mayor será nuestro gozo.

Versículos 23-26: Estos versículos muestran que el creyente que obedece las instrucciones dadas, debe “desechar las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas”. Al mismo tiempo, debe esperar **oposición**, a la que deberá responder en el humilde espíritu de Cristo, pudiendo así ser un instrumento útil para la bendición y la restauración de los opositores.

El Espíritu Santo se sirvió de la ocasión suscitada por la falsa enseñanza de Himeneo y Fileto para darnos estas instrucciones. Pero no parece que en ese momento el mal haya alcanzado un grado tal que Timoteo y otros testigos fieles hubiesen tenido que separarse de la masa de creyentes profesantes. Más bien parece que el mal fue refrenado por la energía del Espíritu, y que algunos pudieron recuperarse “del lazo del diablo” (2:26), mientras que los falsos maestros, viendo sus esfuerzos frustrados, “salieron de (ellos)” (1 Juan 2:19).

Sin embargo, las instrucciones divinas permanecen, y el momento ha llegado, después de tanto tiempo, en el cual el paso indicado, en todo su alcance, se ha vuelto necesario. Alguien dijo con todo acierto que «procurar la unión a expensas de la verdad, es traicionar al Señor», por cuanto ninguna unión llevada a cabo en complicidad con el mal, es de Dios. La unidad según Dios no puede hallarse sino en la separación del mal.

Recordemos que la separación que aquí se ordena, es un asunto de responsabilidad **individual** —“si alguno” (v. 21)—, aunque

el individuo que obedece fielmente a Dios en ello, según el versículo 22, es conducido a hallar compañeros en la posición que ha tomado.

13 **Los creyentes que salieron hacia Cristo “fuera del campamento” y que se purificaron de los falsos maestros y de sus enseñanzas, deben ahora congregarse conforme a toda la verdad de la Iglesia, sin olvidar nunca que ellos son tan sólo unos pocos de todos aquellos que constituyen la Iglesia.**

Los creyentes que se separaron del mal, lo hicieron como resultado de un ejercicio y de una acción individual, pero ellos no son llamados a seguir su camino individualmente, como si todo aquello que reviste una naturaleza corporativa hubiese dejado de existir. El cuerpo de Cristo, la casa de Dios, son aún realidades, y los creyentes de hoy son miembros de ese cuerpo, y piedras vivas de esa casa, de la misma manera que los creyentes de los tiempos apostólicos. Por eso, los privilegios y las responsabilidades que se vinculan a esas dos realidades, les incumben tanto hoy como entonces.

Cuando los creyentes que se han separado y purificado se congregan, deben hacerlo exactamente según lo que ellos son, y actuar conforme a las directivas de la Palabra de Dios. Son llamados a hacerlo aun cuando fueren tan sólo dos o tres, y todos los demás cristianos de su localidad permanezcan en “el campamento” o en complicidad con el mal. Cristo todavía sigue siendo su Cabeza celestial y pueden contar plenamente con Él para ser dirigidos. El Espíritu Santo está todavía presente aquí abajo, y pueden contar plenamente con su poder. La Palabra de Dios también sigue estando presente, y pueden apoyarse en ella para su instrucción.

En consecuencia, los creyentes que se han separado pueden todavía gozar de cierta medida de comunión según el modelo apostólico. Pueden gozarse al considerar a otros creyentes que no siguen la senda de la separación, simplemente como miembros del cuerpo de Cristo, y al recibir **según la Palabra** a todos aquellos que desean ser recibidos, siempre que no estén descalificados por mala conducta, por falsas doctrinas o por asociación con el mal. Recibir a los creyentes que estén formalmente preparados para «unirse a nosotros», es

lo que hacen todas las sectas o denominaciones; pero recibir a los creyentes por el hecho de ser miembros de Cristo, y que no estén descalificados por las Escrituras, es hacerlo conforme a la verdad.

Sin embargo, hay una parte del modelo apostólico que ya no está más en vigor hoy día, a saber: la **designación oficial** de ancianos y diáconos en relación con la dirección y el servicio en la asamblea. En la actualidad nos falta la **autoridad apostólica** para nombrarlos (Hechos 14:23; Tito 1:5). Pero la presencia de ancianos oficialmente establecidos, no es indispensable para la subsistencia de una asamblea. Es evidente que no había ancianos nombrados en Tesalónica cuando Pablo escribió su segunda epístola a estos creyentes. Les dice: “Os rogamos, hermanos, que **reconozcáis** a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor...” (1 Tesalonicenses 5:12-13). Está claro que esta directiva sólo se justificaría si hubiese habido hombres que revistiesen el carácter de «ancianos», pero sin haber sido oficialmente nombrados. Nada impide hoy que estos ancianos sean “conocidos” o “reconocidos” dondequiera que existan. Notemos también que en la primera epístola a los Corintios —la epístola que presenta el orden de la asamblea— los obispos o ancianos no son ni siquiera mencionados, y que al corregir el desorden que imperaba en Corinto, el apóstol no sugiere siquiera una vez que se debiese nombrar ancianos.

14 Desde hace muchos años, los creyentes que andan en separación del mal se han esforzado por congregarse según los principios indicados. Pero la experiencia les mostró que ciertos peligros continuamente los amenazan para desviarlos de la verdad. Enumeraremos algunos de ellos:

1. Sectarismo

Nada es más fácil que deslizarse hacia el sectarismo (la adhesión a una serie de opiniones y de calificaciones particulares para ser miembro). Los creyentes que han buscado la gracia de congregarse según los principios de la Palabra se han hallado forzosamente fuera de las organizaciones religiosas de su tiempo y, en consecuencia,

separados exteriormente de la gran masa de otros creyentes asociados a tales organizaciones. ¡Nada es más fácil, pues, que estar enteramente separados de ellos en nuestros corazones y afectos! ¡Qué fácil es convertirse en una **comunidad selecta, homogénea y auto-suficiente**, sin ningún interés por lo que se halla fuera de los límites de ella!

El peligro del sectarismo se ha acentuado por la gran medida de luz sobre la Escritura que Dios ha dado a aquellos que se congregan en obediencia práctica a su Palabra. Por eso, la tendencia natural ha sido servirse de este gran conocimiento de la misma manera que los primeros creyentes de Corinto usaban sus dones —o más bien abusaban de ellos—. Ellos utilizaban sus dones para **su propio** provecho y gloria personal en vez de hacerlo para el bien de todo el cuerpo. El mucho conocimiento bíblico puede ser utilizado exactamente de la misma forma: para dar crédito y distinción a la **comunidad** que lo posee en vez de utilizarlo para el bien de todos los santos. Este conocimiento, pues, se convierte así en la **señal distintiva de una secta**, la comunidad se vuelve **sectaria** y la luz se transforma en tinieblas. Entonces la **luz** (o lo que se considera «la luz» en un determinado momento) pasa a ser la gran «prueba para la comunión», y la disposición para ser recibido como miembro de la comunidad, el elemento primordial. La posibilidad de recibir a los creyentes —que no estén descalificados por mala conducta, por una falsa doctrina o por asociación o complicidad con el mal en cualquiera de estas formas— simplemente como miembros de Cristo, es así descartada. Nos volvemos a hallar entonces sobre el antiguo terreno del sectarismo, estando solamente mucho más cerca de la verdad en cuanto a nuestro modo de reunión y nuestro conocimiento de la Escritura, ¡pero por esta misma razón somos tanto más condenables en la posición que hemos adoptado!

Los creyentes que se congregan en obediencia a la verdad, son a menudo acusados de ser una simple **secta**, y además una secta insignificante. Por ser nada más que una muy pequeña parte de la Iglesia, y no la Iglesia, ellos se verán seguramente en la imposibilidad de rechazar la acusación. Pero, independientemente de las acusaciones de los demás, es menester huir del sectarismo, tanto en su espíritu como en los principios de reunión.

2. Flexibilidad en los principios y en la práctica

Este peligro es el opuesto al que recién hemos considerado. El **sectarismo** es la trampa que acecha particularmente a aquellos que son rígidos, estrechos e intelectuales, mientras que la **flexibilidad** constituye una amenaza para los cristianos con ideales vastos y universales y con corazones bondadosos y generosos. Los primeros **tienden** a preservar la verdad y a mantener la santidad excluyendo a todos aquellos que no forman parte de una minoría selecta; mientras que los otros **tienden** a dar prioridad al amor, a la amistad y a la unión mediante una complaciente tolerancia.

Pero esta última línea de conducta también es fatal para el mantenimiento del verdadero terreno de la asamblea. En primer lugar, la toma de posición con Cristo “fuera del campamento” se ve seriamente debilitada, si no destruida, por cuanto se establecen compromisos y se mantienen lazos con el campamento a fin de garantizar la apertura hacia el mayor número de personas. Se tiende hacia un simple interdenominacionalismo. En segundo lugar, la flexibilidad debilita, o directamente suprime, el rechazo claro y sin compromiso de doctrinas fundamentalmente falsas, y la separación de aquellos que las propagan (2 Timoteo 2:15-26; 2 Juan 7-11). Esto abre la puerta a una tolerancia indebida y, si bien finalmente se toman medidas ante un mal evidente, no impide que el mal esté presente bajo una apariencia modificada o encubierta.

Esta tendencia prepara el camino para el abandono de una marcha según la verdad, no por un gran paso decisivo, sino por lentas etapas y casi imperceptibles. La historia nos ofrece numerosos ejemplos de cómo obra el espíritu flexible o tolerante. Parece que cada vez que la Iglesia fue confrontada con algún mal fundamental, los primeros en reaccionar se opusieron con determinación y sin comprometerse con el mal; pero enseguida se manifestaron otros que abogaron por la tolerancia y desearon compromisos bajo un pretexto u otro, y cuando sus argumentos fueron oídos, muchos se desviaron de la verdad.

3. Pretensión eclesiástica

La pretensión eclesiástica no es más que uno de los resultados del sectarismo. Olvidando el estado de ruina de la iglesia profesante,

los cristianos se atribuyen una autoridad que, aunque puede honestamente ser considerada necesaria para mantener a la comunidad en la forma que les es propia, no goza de ninguna garantía divina. Decisiones y acciones de carácter eclesiástico, aunque concebidas y ejecutadas apresuradamente bajo la presión de una persona o de un grupo, pueden ser revestidas de una inmensa santidad y convertidas en el objeto de reivindicaciones extravagantes. La autoridad puede establecerse en ciertas localidades o en ciertos grupos de personas, e ir instalándose así gradualmente un sistema de autoridad centralizada o de control burocrático (o como quiera que se llame). ¡Pobre de aquel creyente que se atreva a poner en tela de juicio lo que se haya decidido o arreglado en tales condiciones!

4. Independencia eclesiástica

Pero el péndulo puede también oscilar hacia el extremo opuesto de estas elevadas pretensiones. Para evitar los males asociados a estas pretensiones, se puede recurrir al sistema de la independencia. La **independencia** implica que cada congregación sea considerada como una unidad en sí misma, que reposa sobre sus propias bases, independiente de toda otra asamblea. La Iglesia como el cuerpo de Cristo, la casa de Dios, una **unidad** compuesta por **todos los creyentes de todo lugar**, independientemente de toda cuestión de localidad, es enteramente pasada por alto o a lo sumo es tratada como un mero ideal sin ninguna consecuencia práctica. Adoptar un orden de cosas que conduce a cierto número de asambleas locales independientes, más o menos estrechamente afiliadas, de modo que el individuo goza de la mayor medida posible de libertad personal, es practicar lo opuesto a lo que enseña la Escritura.

5. Disciplina extravagante no según la Escritura

Una disciplina extravagante es el resultado natural del sectarismo y de la pretensión eclesiástica. Una posición sectaria casi siempre requiere un celo fanático para su defensa. Nada es más feroz que el espíritu de partido, y, bajo su influencia, se adoptan las medidas más extremas. Aun en los tiempos apostólicos, la Iglesia sufrió la

amenaza de todo tipo de males en su interior. En consecuencia, Dios dio instrucciones claras y detalladas por medio de sus apóstoles. Ahora bien, ejecutar hoy una disciplina más severa que la requerida por la Escritura, puede tener la apariencia de una gran santidad y de un celo mayúsculo. Pero en realidad, esto no es otra cosa que pura pretensión y obstinación, como si fuésemos más sabios que Dios. Sustituir el cuidado pastoral y el fiel trato con las almas en amor —los cuales ejercitan verdaderamente nuestras facultades espirituales—, por una acción disciplinaria drástica, ha sido la causa más frecuente de graves fracasos.

6. Disciplina relajada

Una disciplina relajada, floja, es el resultado natural de los peligros enunciados en los subtítulos 2 y 4. Cuando la noción de **universalidad** se torna primordial, una gran tolerancia es el resultado inevitable. Si se considera a la asamblea local como una entidad autónoma, entonces toda disciplina que se ejerza se verá limitada a esa comunidad local, y toda tentativa de disciplina puede fácilmente verse privada de su poder por la acción contraria de otra asamblea autónoma situada en las proximidades de la primera. Cuando Pablo escribió a los corintios urgiéndoles a ejercer la disciplina más severa posible (1 Corintios 5), se dirigió “a la iglesia de Dios que está en Corinto... con **todos** los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (1 Corintios 1:2). Es cierto que la responsabilidad de la disciplina le correspondía ante todo a la asamblea local de Corinto; pero **toda la Iglesia** estaba implicada. En consecuencia, si los creyentes que procuran reunirse hoy sobre el terreno de la asamblea y andar a la luz de la verdad, por poco numerosos que sean, son llamados a ejercer la disciplina, y deben actuar sobre la base de este principio.

Si, en el tiempo presente, los creyentes se hallan fuera de las organizaciones religiosas humanas, y caminan en separación del mal, poniendo en práctica la verdad y marchando conforme a la verdad de la Iglesia tal como se halla revelada en las Escrituras, ellos tendrán —de ello estamos convencidos— la aprobación de Dios en cuanto a la posición que han tomado por cuanto se congregan sobre

un terreno divino. Sin embargo, nunca debemos olvidar que, en todo ese camino, nuestro estado moral y espiritual, en el plano **personal**, es lo más importante. Una **posición** eclesiástica correcta sin el **estado** espiritual correspondiente constituye el espectáculo más triste que se pueda imaginar. Si el creyente no se halla en un buen **estado** espiritual y moral, la **posición** eclesiástica no tardará en perderse.

Busquemos, pues, sobre todas las cosas, la piedad práctica, la separación del mundo, la comunión con Dios y la consagración a Cristo y a sus intereses. Sólo de esta manera una posición correcta y conforme a la Escritura será un testimonio a la verdad y para la gloria de Cristo.

BREVES NOTAS SOBRE CUESTIONES RELATIVAS A UN «CÍRCULO DE REUNIONES»

15 Debemos confesar, además, que en el transcurso de los años se produjeron grandes fracasos entre aquellos que procuraron congregarse sobre un terreno conforme a las Escrituras. De ello resultaron tristes divisiones que oscurecieron gravemente la expresión exterior de la verdad de la Iglesia, suscitándose numerosas cuestiones relativas a un «círculo de reuniones». ¿Cómo debemos afrontar estas cuestiones?

Para responder a ello debemos tener en cuenta primeramente cómo eran las cosas al principio de la Iglesia. En la Palabra hallamos tan sólo tres cosas que revisten una condición o carácter bien definido:

- a) El creyente individual.
- b) Las diversas asambleas locales de Jerusalén, Antioquia, Corinto, etc. Cada una de estas asambleas locales llevaba el carácter de

cuerpo de Cristo. Cuando el apóstol escribió a los corintios, se refirió a ellos en estos términos: “Vosotros, pues, sois [el] cuerpo de Cristo” (1 Corintios 12:27); y no «el» cuerpo de Cristo².

Sólo la Iglesia entera es denominada como **el** cuerpo de Cristo, y cada asamblea local simplemente reviste el carácter de “cuerpo” en la localidad donde se halle. Cada asamblea local tiene igualmente una condición y una responsabilidad delante del Señor que le son propias, y que Él mismo puede sondear en forma separada del resto, como lo vemos en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis. En resumen, cada asamblea local tiene su propia condición.

c) La Iglesia entera tal como existe sobre la tierra en un momento determinado, es el **solo** cuerpo de Cristo y es animada por el solo Espíritu (véase Efesios 4:4).

Por comodidad de lenguaje, llamaremos a estas tres cosas «el creyente individual», «la asamblea local» y «la Iglesia». Veamos a continuación una serie de puntos que nos ayudarán a responder la cuestión planteada en el principio de este capítulo.

1.

Al principio de la Iglesia, cuando las cosas eran todavía según el pensamiento divino, no existía ningún tipo de asociación especial que se interpusiese entre el creyente individual y la asamblea local. La tentativa de crear en Corinto círculos más restringidos que la asamblea local (“yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas”, etc.), fue seriamente censurada (1 Corintios 1:11-13; 3:1-8). Había asambleas en las casas de diferentes creyentes (Romanos 16:5; Colosenses 4:15, etc.). No podemos saber con precisión si se trataba de asambleas establecidas en los lugares donde vivían los creyentes o de cierto número de creyentes de un sector de una gran ciudad que se

² N. del T.: Cabe señalar que si bien la versión Reina-Valera añade el artículo definido «el» antes de “cuerpo de Cristo”, en el original griego el artículo no existe. La ausencia del artículo hace recaer el énfasis en el carácter de la expresión “cuerpo de Cristo”, pero no define una asamblea local como “el” cuerpo de Cristo, noción que carece de base escrituraria.

reunían allí por comodidad. Puede que aquellos que estaban reunidos orando “en casa de María la madre de Juan” (Hechos 12:12) formaran una de estas asambleas; pero, de ser así, ella no tenía otra condición que la de ser una **parte** de “la iglesia que estaba en Jerusalén” (Hechos 11:22).

Por otro lado, tampoco existía ningún tipo de asociación especial entre la asamblea local y la Iglesia. Se habla de “las iglesias de Galacia” (Gálatas 1:2) y de “las iglesias (o “la iglesia”, V.M.)... por toda Judea, Galilea y Samaria...” (Hechos 9:31), es decir, la iglesia o las iglesias dentro de ciertos límites geográficos. Pero no hay tal cosa como “la iglesia de Galacia”, que podría servir de precedente para organizaciones estatales tales como «la Iglesia de Inglaterra», etc.

2.

Si, de lo que era desde el principio, pasamos a lo que existe hoy día, no es demasiado difícil encontrar creyentes individuales. Pero tanto la asamblea local como la Iglesia han quedado relegadas (exteriormente) al dominio de la verdad abstracta. Ni una ni otra pueden hallarse bajo una forma concreta, visible y a la cual sea posible referirse.

A principios del siglo XIX, muchos cristianos alrededor de todo el mundo se separaron de numerosas y diversas asociaciones religiosas no escriturarias, para congregarse como miembros del cuerpo de Cristo, sobre el simple terreno de la Iglesia de Dios y según sus principios originales.

Como resultado de ello, pueden verse hoy, en diversos lugares, reuniones de creyentes congregados y constituidos según el modelo y los principios bíblicos de la asamblea local. Pero estos creyentes no constituyen de ninguna manera **la** asamblea local en tal o cual localidad, puesto que en esas localidades hay muchos creyentes que no se reúnen con ellos.

A medida que estas reuniones locales crecieron en número, establecieron relaciones entre sí y buscaron gozar de la comunión práctica las unas con las otras, según el modelo de la Iglesia apostólica, recomendándose por medio de cartas, etc. Y así como había

creyentes que se reunían localmente y que actuaban según los **principios** de la asamblea local —sin ser **la** asamblea local—, también a lo largo de todo el mundo se hallaban creyentes que tenían comunión los unos con los otros según los **principios** de la Iglesia, sin ser **la** Iglesia.

La confusión y la angustia producidas por estas divisiones, dieron luego como resultado que algunos cristianos condenaran la idea de que los creyentes pudiesen buscar un camino en común a la luz de la verdad de la Iglesia. Ellos consideraban que tal cosa no era sino una tentativa de mantener «un círculo de reuniones». Al mismo tiempo, aprobaban y sostenían la «asamblea local» —o, más bien, **su** asamblea local— aun cuando esa reunión, lejos de ser **la** asamblea local, fuera tan sólo una entre varias otras reuniones existentes en la misma localidad, con poca o ninguna comunión práctica entre sí, debido a las divisiones que sobrevinieron. Entonces, ellos decían que como no existe ninguna entidad aprobada por la Escritura entre la asamblea local y toda la Iglesia, el remedio para nuestras dificultades consiste en abandonar toda idea de un «**círculo**» más extenso que el pequeño círculo de una reunión local.

En cuanto a algo que exceda los límites del círculo local, cada reunión y cada creyente en una reunión deben tener la libertad de formar su propia «comunión» o «círculo» según lo estimen justo delante del Señor.

Si por «asamblea local» se entiende, no una pequeña reunión, sino **la** asamblea local —la cual, lamentablemente, no existe concretamente hoy día³—, es totalmente cierto que no existe nada que cuente con el apoyo de la Escritura entre la asamblea local y la Iglesia. Es igualmente cierto que no existe ninguna entidad reconocida por la Escritura entre el creyente individual y **la** asamblea local, aunque los defensores de la idea que estamos considerando, nunca ponen el acento en este punto. ¿Por qué no ser consecuentes y llevar

³ N. del T.: La Biblia no enseña que haya «iglesias» o «asambleas» en una localidad, sino que ella habla de «la iglesia o asamblea» en un lugar o ciudad, con todas sus acciones hechas en plena comunión, aunque hubiere muchos lugares de reunión en esa ciudad. «Sí, leemos de “iglesias” en un país o en una provincia (como Galacia), pero se habla de “la iglesia” en Jerusalén (Hechos 8:1, 3; 11:22), en Antioquía (Hechos 11:26; 13:1), etc.» (W. Kelly).

este pensamiento hasta su conclusión lógica? El razonamiento que supuestamente impide a los creyentes establecer una comunión claramente reconocida **en el plano general** con otros cristianos a lo largo del mundo a fin de poder marchar juntos a la luz de la verdad en cuanto a la Iglesia, se debería aplicar igualmente a aquellos creyentes que buscan reunirse y gozar de una comunión claramente establecida **en el plano local**, para marchar a la luz de la asamblea local. En otros términos, este razonamiento nos llevaría a la conclusión de que todo el movimiento del siglo XIX fue un error y que no contaba con la aprobación de la Escritura.

Si, deseando obedecer las enseñanzas de la Palabra y ponerlas en práctica, no tenemos ninguna autoridad para andar a la luz de lo que es general, según la verdad de **la Iglesia**, ¿qué autoridad tenemos para reunirnos a la luz de lo que es particular, según la verdad de **la asamblea local**? Tengamos presente que la asamblea local hoy, por así decirlo, es **accidental** y no **esencial** (perfecto o completo): es algo provisional que se ha dado en vista de la condición actual de la Iglesia. Cuando el Señor venga, todas las asambleas locales dejarán de existir en un abrir y cerrar de ojos, y sólo la Iglesia subsistirá, la cual comprende a todos los creyentes desde el día de Pentecostés hasta ese momento. **La Iglesia** en su conjunto es lo que **perdura** y se relaciona con el propósito eterno de Dios.

3.

Puede que algunos pregunten: ¿Ofrece Mateo 18:20 una garantía escrituraria para una reunión local que no incluya a todos los creyentes de la localidad? Estamos agradecidos de que sea así. Aunque este pasaje no sea propiamente una profecía de los últimos días, no obstante creemos que el Señor se expresó de manera que sus palabras confieren autoridad aun tan sólo a dos o tres para congregarse en Su nombre en los días de ruina que han sobrevenido durante Su ausencia. Pero estamos igualmente convencidos —y también agradecidos— de que el pasaje de 2 Timoteo 2:22 constituye una garantía escrituraria para que el creyente que se ha purificado pueda marchar **con** creyentes de un mismo sentir, de manera **general**. Este pasaje no se halla en un contexto local. La epístola no fue escrita a ninguna

asamblea local particular, sino a un siervo de Cristo dotado. Timoteo vivía sin duda en una localidad (en Éfeso o en alguna otra parte), pero no estaba investido de un cargo local (como el de anciano). Tenía un don (1:6), y un don es universal y no local. La “casa grande” de 2 Timoteo 2:20 es una ilustración del carácter que rápidamente estaba adquiriendo, no una reunión local simplemente, sino la iglesia profesante o cristiandad. Así, todo el pasaje —incluso el versículo 22— debe ser leído en un sentido universal, y no limitado a un sentido local restringido. Notemos, sin embargo, que tanto en el capítulo 18 de Mateo como en el capítulo 2 de la segunda epístola a Timoteo, se establece una **condición**. En el primer caso, la condición es “en mi nombre”; en el segundo, “de corazón limpio (o purificado)”. Estas expresiones tienen el propósito de ejercitar nuestros corazones y nuestras conciencias.

4.

También se nos puede preguntar si pretendemos que todos los creyentes con los que andamos en comunión poseen ese “**corazón puro**” y si es que éste les falta a todos los demás. Asimismo se nos puede preguntar si pretendemos que sólo aquellos que se reúnen localmente con nosotros se hallan “**congregados al nombre del Señor**”.

A ello respondemos que no tenemos tales pretensiones, sino que más bien **nos esforzamos en cumplir** estas dos condiciones mientras aguardamos la llegada del día de las recompensas, cuando el Señor determine en qué medida hemos alcanzado nuestro objetivo. Ninguna de estas cuestiones debería apartarnos del objetivo que nos hemos propuesto de andar conforme a la verdad de la asamblea local y de la Iglesia entera.

5.

Se nos puede requerir aún que declaremos claramente si creemos o no en un «círculo de reuniones». Nuestra respuesta es: «No, por cuanto creemos en algo mucho **más amplio** que un círculo de reuniones, a saber, en **la verdadera Iglesia de Dios**».

Las labores de Pablo en el primer siglo dieron como resultado lo que, para el observador común, presentaba la **apariencia** de un simple «círculo de asambleas cristianas». Sin embargo, no era eso porque se trataba de algo más que eso: Pablo fue empleado para poner en evidencia el cuerpo de Cristo.

Las labores de hombres piadosos e iluminados del siglo XIX, también dieron como resultado lo que, para el observador común, presentaba la **apariencia** de un simple «pequeño círculo de reuniones»; pero no se trataba de eso, por cuanto creemos firmemente que Dios se sirvió de ellos para hacer volver a algunos creyentes a la obediencia práctica a la verdad de la Iglesia bajo sus dos aspectos: local y general. Desde entonces, ha sobrevenido mucha confusión y han surgido muchas divisiones, pero el objetivo que nos proponemos hoy, no es ni diferente ni menos elevado. Nuestro deseo es andar según la verdad, y **no** formar ni mantener un simple círculo de reuniones.

6.

Si nos volvemos ahora a aquellos que, según sus propias declaraciones, han abandonado la idea de un círculo de reuniones (en favor de la independencia, etc.), ¿qué es lo que vemos? Vemos que, en la práctica, les resulta **imposible escapar** de algún tipo de «círculo».

Estas reuniones son tan numerosas, y su variedad es tal, que por más abierto que sea el creyente, no podrá jamás abrazar a todas y deberá contentarse con un determinado «círculo». Lo que estos cristianos han abandonado en realidad, es el principio de resolver cuestiones de comunión **colectivamente** y, en cambio, han determinado resolverlas **individualmente**. Ellos juzgan que corresponde a cada individuo decidir por sí mismo —sin tener en cuenta los conflictos que puedan ocasionar las decisiones así tomadas— si los creyentes que se reúnen en éste o aquel lugar deben ser reconocidos como reuniones congregadas según la verdad, y si pueden tener comunión con ellos. Según ellos, ésta no es una decisión que deba ser tomada en comunión con otros que andan ya en la verdad. Al romper con lo que ellos piensan que es un círculo de reuniones,

renuncian a toda tentativa de obedecer y practicar la verdad **referente a toda la Asamblea de Dios**⁴.

7.

Somos muy conscientes del hecho de que existen considerables razones para que alguno señale que nos hemos apartado tanto de la comprensión como de la práctica de la verdad, que **todos** nosotros hemos quedado reducidos en mayor o menor medida a meros círculos de reuniones, a meras facciones enemigas, defendiendo cada cual su propio punto de vista de la verdad o sus propias acciones y decisiones eclesíásticas. Si eso fuera cierto, el camino a seguir por un hombre de fe estaría muy claro: debería mantenerse fuera de todos estos partidos.

En la primera epístola a los Corintios, donde los partidos y escuelas de opinión se hallaban todos en el seno de la asamblea, los creyentes “aprobados” (11:19) serían aquellos que, a la vez que excluían a los que participaban en el mal (como en el capítulo 5), marchaban libremente entre todos los creyentes, enteramente por encima y por fuera de todos los partidos. Pero hoy la situación se ha tornado mucho más seria por cuanto los cismas originados **dentro** de Corinto se han convertido en **abiertas** y declaradas divisiones que, si bien no cuentan con la aprobación del Señor, constituyen no obstante un serio pecado. Por ese motivo, si hoy nos moviésemos entre todas estas divisiones, aprobaríamos con ello todo el pecado que representan.

Si bien estamos conscientes del peligro, no creemos que **todos** hayan caído tan bajo como para no haber quedado más que facciones enemigas. El profundo ejercicio presente en numerosos corazones

⁴ El lector puede verse confundido por la aparente contradicción entre los puntos 5 y 6. El punto 5 considera un **círculo** desde el punto de vista **abstracto, teórico, doctrinal**. No hallamos ningún círculo en la Escritura; en ella solamente vemos la asamblea local y la Iglesia, y, por tal motivo, nuestros **pensamientos** y **objetivos** no deben estar restringidos a ningún círculo. Pero, como vemos en el punto 6, puesto que no todos los creyentes desean seguir en la senda aprobada por la Palabra o no están de acuerdo con nosotros en algún punto, hay quienes andan en comunión con nosotros y hay quienes no. Por eso, si bien no debe ser nuestro objetivo, **en la práctica** es imposible libramos del hecho de un círculo de reuniones.

testifica lo contrario. Y si aun nosotros pensáramos eso, no podríamos adoptar el remedio de un «intercirculismo» (como el interdenominacionalismo de hoy). Si, efectivamente, algunos de entre nosotros se ha dejado enredar en lo que **no es más que** un círculo de reuniones, abandonemos ese círculo en un espíritu de arrepentimiento (pues el arrepentimiento siempre abre una «puerta de esperanza» (Apocalipsis 2:5, 16, 21; 3:3, 19), pero no renunciemos al objetivo de marchar según la verdad de la Iglesia, lo cual daría como resultado, en cuestiones de comunión, que cada uno hiciese lo que bien le pareciese.

8.

Por último, reconocemos que, a causa de tantos tristes acontecimientos de los últimos tiempos, un gran descrédito cayó sobre la verdad de la Iglesia y sobre toda tentativa de ponerla en práctica. En consecuencia, existe una creciente tendencia entre los creyentes a reunirse, fuera de las denominaciones religiosas organizadas, en pequeñas «misiones» o grupos de diverso tipo, que son a menudo el fruto del trabajo de algún evangelista piadoso. Estas reuniones tienen vínculos con todos los grupos de cristianos con los cuales este evangelista está en contacto; pero estas relaciones son a menudo de una naturaleza muy débil al principio de la historia del grupo. Con el tiempo, ellas se confirman y se refuerzan. Creemos que, si la ocasión se presenta, una atención especial puede brindarse a tales creyentes y rendírseles un servicio particular. Pero todo siervo de Dios que aprecie la comunión será sin duda prudente a este respecto, como en todas las cosas, a fin de actuar, en la medida de lo posible, de común acuerdo con aquellos con quienes anda. Y si visitare a tales creyentes, no lo hará para confirmarlos en su posición anómala e imperfecta, sino para instruirlos de modo que estén “perfectos y completos en **todo** lo que Dios quiere” (Colosenses 4:12).

¿ELITISMO O EL TERRENO APROBADO POR DIOS?

16 Debemos considerar un último punto debido al surgimiento del elitismo. En efecto, usaremos este término para describir la voluntad de seleccionar y reunir a las personas más excelentes con el objeto de constituir una compañía selecta, una élite. Ahora bien, ¿es conforme a la Escritura reunir un grupo selecto de personas más interesantes y espirituales, con la consiguiente exclusión de las masas menos interesantes y espirituales?

Estamos persuadidos de que ninguna persona bien informada acerca del movimiento que tuvo sus orígenes a principios del siglo XIX pondrá en duda que por su intermedio se redescubrió y se expuso con claridad la verdad concerniente a la naturaleza, carácter, privilegio, responsabilidad y destino futuro de la Iglesia de Dios, a la vez que condujo a los creyentes a salir de los numerosos sistemas no escriturarios para reunirse en sumisión y obediencia prácticas a la verdad así restituida.

Quienes pretenden argüir lo contrario y afirmar que el objeto perseguido por estos hermanos era el de reunir en un cuerpo a las personas más selectas y espirituales que pudiese haber en la

cristiandad, deberían inclinarse en presencia de los abundantes escritos que datan de ese período⁵ y que contradicen tal acusación.

Pero, ¿qué dice la Escritura? Estamos persuadidos de que el único camino aprobado por Dios para los últimos días de una dispensación, es **volver** tanto como sea posible a los **principios** y **prácticas originales** que caracterizaban la dispensación **en sus comienzos**. La historia de las pasadas dispensaciones, como veremos, ilustra este principio. **Lo que Dios instituye** es siempre según su pensamiento; por eso, toda desviación o modificación de sus principios implica su corrupción. **Las invenciones del hombre**, en cambio, llevan la marca de lo grosero y de lo imperfecto, y las modificaciones que se les introduce a través del tiempo, son generalmente para mejorarlas.

Dios hizo conocer su pensamiento por medio de Moisés y todo era perfecto en su medida. Pero la historia de Israel estuvo caracterizada por una continua desobediencia. Dios les envía profetas, uno tras otro, a fin de recordarles lo que Él había establecido al principio. Jeremías, por ejemplo, que profetizó en los últimos días del reino, dijo: “Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma” (Jeremías 6:16). Pero los hijos de Israel hicieron caso omiso a las palabras del profeta y, en consecuencia, fueron llevados cautivos a Babilonia.

Más tarde, bajo Zorobabel, Esdras y Nehemías, muchos judíos volvieron de la cautividad. Ciro rey de Persia abrió de par en par las puertas para que todos los judíos retornaran a su tierra; y dijo: “Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusa-

⁵ Este piadoso movimiento que comenzó a extenderse por el mundo casi a mediados del siglo XIX llegó a conocerse como «el movimiento de los hermanos» el cual experimentó un rápido crecimiento. Los escritos de hombres piadosos, dotados por Dios, tales como J. N. Darby, William Kelly, C. H. Mackintosh, F. W. Grant, etc. todavía siguen circulando, siendo leídos ampliamente incluso dentro de ámbitos denominacionales. Si bien a menudo se los conoce como los «Hermanos de Plymouth», estos hermanos (con «h» minúscula) rechazan todo título o nombre que no incluya a todos los verdaderos creyentes. Ellos se consideran simplemente hermanos en Cristo, no congregados hacia ningún otro nombre que no sea el del Señor Jesucristo (Mateo 18:20), y buscan obedecer la verdad de la Iglesia y las verdades contenidas en toda la Palabra de Dios.

lén” (Esdras 1:3). Ahora bien, estamos convencidos de que esta proclamación tuvo un **efecto selectivo**. Aquellos “cuyo espíritu despertó Dios” (1:5) son los que respondieron y subieron; y, sin duda, eran los más piadosos de entre el pueblo. Sin embargo, el movimiento no era **deliberadamente** elitista; era simplemente un retorno a la tierra y al conocimiento y práctica de la ley tal como había sido dada por Moisés (véase Nehemías 8:1-13; 9:3; 10:29).

Pero, más tarde aún, sobrevino una decadencia espiritual más sutil sobre el remanente que volvió de la cautividad. Los hijos de Israel no volvieron a caer en la idolatría, ni tampoco tuvieron en menos la “letra” de la ley. Pero, si bien veneraban la letra de la ley, eludían su **espíritu**; y, en vez de sentirse humillados por ella, hallaban plena satisfacción en el orgullo de poseerla. Esta deplorable condición fue denunciada por el profeta Malaquías. Sin embargo, en medio de tales circunstancias, había unos pocos que “temían a Jehová” (Malaquías 3:16). Ellos formaban una especie de remanente dentro del remanente. Pero la exhortación que recibieron fue ésta: “Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel” (Malaquías 4:4). A este «remanente del remanente» se les remite a **todas** las palabras de Dios, dadas originalmente por Moisés, y se les recuerda que la Palabra de Dios en su totalidad es para **todo** el pueblo, y no solamente para ellos. Éstas fueron las últimas palabras de Dios en la antigua dispensación, y el silencio no se rompe hasta que la voz de Juan el Bautista se hace oír en el desierto de Judea. Es, pues, un hecho absolutamente claro que el camino señalado por la voluntad de Dios al final de una dispensación implica un retorno a los principios que la caracterizaban a su comienzo, **aun si sólo unos pocos toman este camino**.

Hallamos lo mismo en el Nuevo Testamento, para nuestra instrucción, especialmente en las últimas epístolas de Pablo, Pedro y Juan. En sus palabras de despedida a Timoteo, Pablo dijo: “Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros” (2 Timoteo 1:14); y en la misma epístola menciona “toda la Escritura” como nuestra salvaguardia (2 Timoteo 3:16-17). Pedro escribe: “Despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos

profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles” (2 Pedro 3:1-2). Juan nos habla de “lo que era desde el principio”, y dice: “Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre” (1 Juan 2:24). También nos advierte: “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios” (2 Juan 9).

En general, **serán** los santos de Dios más iluminados y más piadosos los que discernirán la voluntad y el propósito original de Dios respecto de Su Iglesia, y los que responderán. Aquellos que disciplinan y pongan en práctica las instrucciones dadas en 2 Timoteo 2:16-26 estarán, sin duda, entre los creyentes más espirituales; pero éste es un **punto secundario**, no es de ninguna manera el rasgo esencial del movimiento del que hablamos. La esencia de este movimiento es la separación para justicia, fe, amor y paz, en asociación con aquellos que invocan al Señor de corazón puro. La **justicia** consiste en comenzar a dar a Dios y a su Palabra el correspondiente lugar de supremacía y autoridad. La **fe** comprende **toda** la voluntad y el consejo de Dios revelados. El movimiento no es, pues, en su esencia, un intento por concentrar un conglomerado selecto de creyentes que responden a una elevada norma de espiritualidad e inteligencia (si bien tal situación puede ocurrir en la práctica). Es un movimiento acorde con la santidad de Dios, a fin de que haya algo concreto que sea visible con respecto a la Asamblea, y a lo cual uno pueda referirse. Su meta es la obediencia a **toda** la Palabra revelada de Dios, pues tal obediencia es la justicia práctica.

En vista de todo lo anteriormente expuesto, planteamos entonces expresamente la siguiente pregunta: Al reunirnos al nombre del Señor con otros pocos creyentes, ¿debemos considerarnos como una compañía elitista, unida por la fidelidad a ciertas decisiones y procedimientos eclesiásticos, o a un testimonio que creemos que nos ha sido confiado, o por una condición intelectual superior que creemos que nos caracteriza y que nos ha hecho más espirituales que los demás? ¿O debemos más bien reunirnos como unos pocos creyentes que amamos el nombre del Señor, que deseamos reconocer su autoridad y andar en obediencia práctica a toda la verdad,

emplazándonos así en el verdadero terreno de la Asamblea entretanto aguardamos Su retorno?

Ésta no es una pregunta de interés puramente teológico o académico. De ella se desprenden resultados prácticos muy importantes. Nuestra manera de comportarnos y de actuar como asamblea se verá enormemente afectada por la respuesta que le demos. Conceptos erróneos a este respecto han sido la causa de numerosos y tristes errores del pasado.

Tomemos, por ejemplo, el asunto de la **disciplina**, que ilustra de manera notable la diferencia entre las dos posiciones que hemos considerado. En las epístolas hallamos un número considerable de instrucciones sobre este tema. Se ordena la disciplina en diversos grados de severidad, teniendo que llegarse en algunos casos, como último recurso, a la **excomunión** (lo que en realidad es el reconocimiento de que toda disciplina en el sentido propio ha sido inútil para detener el mal).

La Iglesia, desde el principio de su historia, se caracterizó por la debilidad. Las epístolas establecen claramente que las iglesias fundadas por Pablo no eran modelos de todo lo que una asamblea debe ser, sino que contenían en su seno gran número de «niños espirituales», de creyentes «carnales», de cristianos con las manos caídas y las rodillas paralizadas, cuyos pies estaban a punto de “salirse del camino” (véase Hebreos 12:12-13). También había en medio de ellos habladores de cuestiones “vanas y sin provecho” (Tito 3:9), así como hombres que predicaban a Cristo “por envidia y contienda” (Filipenses 1:15), e incluso maestros judaizantes que trataban de poner de nuevo a los creyentes bajo la esclavitud de la ley y del judaísmo. Por todo lo expuesto, no ha de sorprendernos que hoy, todas las veces que los cristianos estén congregados sobre el terreno de la Asamblea, un estado de cosas similar no tarde en manifestarse en medio de ellos. ¿Qué es, pues, lo que se debe hacer en tal caso?

La respuesta a esta pregunta no presenta ninguna dificultad para aquellos que andan sobre un terreno elitista: cualquiera que no esté de acuerdo con su asociación elitista es, de hecho, indeseable y, en lo posible, debe ser eliminado. Veamos unos ejemplos. Un hermano no puede aprobar una acción o decisión eclesiástica y, por motivos de conciencia, protesta contra ella. Como resultado de ello,

no se le permitirá seguir en comunión, aun cuando, después de descargar su conciencia mediante su protesta, esté dispuesto a someterse. Otro hermano no puede aceptar cierta línea de enseñanza muy apreciada, como una exposición sana y equilibrada de la verdad bíblica. Y puesto que la asociación elitista sigue esta línea de enseñanza, esta asociación no descansará hasta que esa persona haya sido quitada de “dentro” para ser puesta “fuera”. Y así, en un sistema elitista, la **excomuniación** —poco importa si es el resultado de un método directo o de diversas maniobras solapadas y torcidas— constituye el remedio para todos los males. Si uno **no se adhiere enteramente a su sistema**, su lugar está **fuera**. Todo esto tiene el mérito de ser muy simple, y reviste en general la forma exterior y la apariencia de una gran santidad. No requiere ningún ejercicio del corazón. La paciencia de la persona no es ejercitada. No se produce ninguna expresión de la gracia de Cristo. El sentido de la propia importancia de cada uno es adulado, y la voluntad de todos aquellos que forman parte del sistema elitista tiene libre curso. No ha de sorprendernos, pues, que el elitismo se haya implantado sólidamente en la mente de numerosos creyentes y que algunos parezcan haber perdido la capacidad de apreciar otra cosa.

Pero para aquellos que se reúnen sobre el terreno de la Asamblea, la cuestión no es tan simple. La esencia misma de su posición es la sumisión a los principios de la Asamblea. Ahora bien, la Asamblea es el lugar donde **el Señor administra y el Espíritu Santo opera** (1 Corintios 12:4-11). Es el lugar donde la inspirada Palabra de Dios gobierna y dirige (véase Hechos 15:13-29: “Simón ha contado... con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito... Por lo cual yo juzgo... nos ha parecido bien, habiendo llegado a un acuerdo”). Es el lugar donde la voluntad del hombre no tiene ningún lugar y, en cambio, la voluntad de Dios, tal como está expresada en su Palabra, es lo único que cuenta. Por eso, ejercer una disciplina más rigurosa que la establecida por la Escritura, no es en ningún caso admisible. La pregunta no es: «¿Qué es lo que conviene a nuestra compañía?», sino: «¿Qué es lo que conviene a la casa de Dios de la cual formamos parte y según los principios de esa casa sobre cuya base deseamos andar?» La respuesta no puede ser hallada sino a la luz de la Palabra de Dios.

Para andar en esta senda, se requerirán profundos ejercicios a fin de que la Escritura sea correctamente aplicada. Nuestra paciencia a menudo se verá ejercitada, porque se presentarán casos particulares sobre cuestiones para las cuales no tenemos instrucciones claras y precisas del Señor que nos indiquen cómo actuar. El camino más sabio a seguir será siempre el de esperar en el Señor con oración, a fin de que, de una u otra manera, manifieste su voluntad, antes que tomar la ley en nuestras propias manos y actuar sin Él. La gracia será siempre necesaria. Cada uno será llevado a sentir que no es nada, y todo lo que es voluntad propia será reprimido. Pues, en definitiva, ¿de dónde viene la autoridad para ejercer la disciplina en la casa de Dios? De Dios solamente. Al estar congregados al nombre del Señor, tenemos autoridad (Mateo 18:18-20). Pero sólo podemos actuar en su Nombre cuando somos dirigidos por su Palabra.

El elitismo a menudo ha actuado con precipitación en casos en que los creyentes que tiemblan a la Palabra de Dios jamás habrían osado llegar tan lejos por no contar con la autoridad para hacerlo. La compañía o la causa elitista debían ser reivindicadas, y, por consecuencia, una acción drástica se imponía, según ellos. Y si no existía ninguna autorización del Señor para actuar, ellos buscaban e imponían un pasaje que no se aplicaba al caso más que de una manera remota o incluso oscura. Y así, en innumerables casos, lo que ha sido llamado la disciplina de la casa de Dios, sólo ha servido para apoyar fines puramente personales o de partido, ¡lo que **constituye un grave pecado!** Por este tipo de acciones, el elitismo muestra que en el fondo no es otra cosa que mero sectarismo, sólo que oculto bajo un disfraz muy pretencioso.

OBSERVACIONES FINALES

Cuando los creyentes, por pocos o débiles que sean, se congregan verdaderamente sobre el terreno de la Asamblea de Dios, ellos andan según la santidad de la casa de Dios y según las instrucciones reveladas en su Palabra. Sin embargo, en sus corazones y afectos, ellos no se separan jamás de la Iglesia de Dios en su conjunto. Reconocen a Cristo como Cabeza en lo alto y al Espíritu Santo como poder aquí abajo. Saben que para guardar lo que es de Dios, no necesitan en ningún caso ir más allá de las instrucciones de la Palabra de Dios (véase 2 Timoteo 3:16-17). Su preocupación principal no es, de hecho, «salvar» una causa o «el testimonio», porque ellos saben que, desde el principio, **el Señor** ha sabido mantener su propia causa y preservar su testimonio en el curso de los siglos, y que así será hasta el fin de los días. Su interés se concentra en obedecer toda la Palabra de Dios; pues tal obediencia constituye las arras de la salvación tanto para sí mismos como para aquellos que los oyen (véase 1 Timoteo 4:15-16).

¡Qué bien haríamos en decir, como el salmista: “Jehová, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron; ni anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí” (Salmo 131:1)! Efectivamente hay cosas demasiado grandes o elevadas, que escapan a nuestro alcance, y que el Señor tiene en sus manos y no nos las ha delegado. Él lleva adelante su propia obra; dirige su testimonio y lo salva cuando es necesario, y es quien establece y guía a sus siervos. Pero cuando los hombres, por más bien intencionados que

sean, tratan de cumplir estas tareas, que nunca se les pidió que hicieran, ellos invariablemente terminan fracasando en sus intentos por llevarlas a cabo.

La obra a la cual somos llamados es menos pretenciosa pero más práctica: andar en obediencia al pensamiento revelado de Dios. Hemos sido dejados aquí para **obedecer a la verdad**, lo cual es algo suficientemente grande y maravilloso para nosotros. Toda la verdad ha sido manifestada en Cristo, y Él es la verdad. Todo nos ha sido revelado en la Escritura, de modo que la Palabra es la verdad. El Espíritu que nos fue dado para que conociéramos la verdad y la obedeciéramos, es el Espíritu de verdad. ¡Quiera Dios darnos la gracia suficiente para encauzar nuestra energía espiritual **en esta dirección!**

CONTENIDO

Introducción	1
¿En qué terreno debemos congregarnos?	3
Breves notas sobre cuestiones relativas a un «círculo de reuniones»	30
¿Elitismo o el terreno aprobado por Dios?	39
Observaciones finales	46

CRECED, 46 route de Suisse, 1290 Versoix – Genève (Suiza)